

MANOLO \$\$.A.



¿CUANTAS ACCIONES DICES QUE HAN COMPRADO LOS AMERICANOS?

CHINY CÁRMEZ



soviético, Israel podría atacarnos todos los días sin que nosotros pudiésemos responder»). Nasser anunció que el mensaje que había recibido de Brejnev le aseguraba que la Unión Soviética no tomará ninguna medida política ni diplomática que no hubiera consultado previamente con la nación árabe, y que no hubiese obtenido su aprobación. Cabe suponer que esta clara omisión de Nasser al territorio israelí en sus proyectos de operaciones militares sea una condición previa de la URSS, que sostiene la política

EL COLONIALISMO EN AMERICA LATINA

El 14 de abril, el actual Presidente norteamericano denunció la ineficacia de la Alianza para el Progreso, programa neocolonialista auspiciado por John Kennedy en los primeros tiempos de su mandato para contener el avance del castrismo en América Latina. Según Nixon, se ha tendido a "sofocar los problemas del hemisferio bajo la retórica y los slogans". El nuevo Presidente, aún sin un programa definido para América Latina, es partidario del abandono de la política de "ayudas" (préstamos de Gobierno a Gobierno) y pretende la vuelta a la tradicional postura de los republicanos de confiar exclusivamente en las "virtudes" de las inversiones directas. Ahora bien, calificada la Alianza como un programa demagógico por el propio Presidente norteamericano y experimentados ya sobradamente los hipotéticos beneficios para el continente de las inversiones yanquis, la metrópoli económica (USA) ha dejado más al descubierto sus características imperialistas.

Así, el gobernador Rockefeller ha sufrido, además de las lógicas iras de los pueblos, los reproches de las oligarquías. Este hecho, sin embargo, no debe causar extrañeza. En los países subdesarrollados, generalmente, los intereses de las oligarquías y del imperialismo son coincidentes cuando se trata de mantener situaciones de privilegio, pero se muestran contradictorios en muchos aspectos fundamentales. Estos aspectos son los que han sido expuestos en los últimos tiempos, de forma reiterada y unánime, a los gobernantes norteamericanos.

Los resultados de las inversiones directas norteamericanas, recientemente, han sido criticados con insistencia. Los técnicos del CECLA han denunciado que cada dólar invertido por USA en el continente les habla proporcionado cinco de beneficios. Venezuela ha hecho notar que de los 2.400 millones de dólares que vale su petróleo cada año, 900 se quedan en el extranjero. El Presidente de Colombia, durante su visita a Washington (junio de este año) citó el caso de una compañía que "exportó en un año unos beneficios nueve veces superiores a su inversión original". Su país paga por el petróleo que se extrae en su propio suelo una suma superior a la que percibe por "royalties". Más llamativo aún es el caso de las tres compañías norteamericanas que explotan el cobre chileno, que, con una inversión original de 3,5 millones de dólares, realizada a raíz de la I Guerra Mundial, han obtenido unos beneficios mil veces superiores.

En la década pasada, en la que los Estados Unidos basaron su política metropolitana con respecto a América Latina en el incremento de las inversiones directas, los beneficios de sus empresas allí radicadas ascendieron a nueve mil quinientos noventa y cuatro millones de dólares

(de ellos, 2.026 se reinvertieron y 7.568 se remitiéron a Estados Unidos). Con estos resultados financieros es comprensible que el Presidente colombiano Lleras —en desafío a las ideas de Nixon— afirmara (Washington, 13 de junio) que las inversiones extranjeras "no pueden ni deben ser consideradas en absoluto como una panacea para resolver todos los problemas económicos de América Latina". En efecto, aunque las oligarquías nacionales se han beneficiado con estas inversiones (gerencia, participación en beneficio, respaldo económico y político, etc.), al tener centrados sus intereses fundamentales en la explotación de materias primas se han visto perjudicadas por la política comercial impuesta por la gran potencia. Los reiterados llamamientos para que se mejorase la relación de términos de intercambio han sido absolutamente desatendidos.

Ahora, con rara unanimidad, se ha solicitado a Nixon (Documento de Viña del Mar) y a Rockefeller (en todos los países que ha visitado) mejores condiciones para el acceso de sus materias primas y productos manufacturados al mercado norteamericano, precios más justos, así como un régimen preferencial para los productos latinoamericanos que evite el estrangulamiento comercial. "Menos ayuda y más comercio" es el nuevo —y viejo— slogan de las oligarquías latinoamericanas. Esta actitud, sin embargo, no es original, ni mucho menos revolucionaria, como se ha llegado a decir.

En los tiempos de la colonia, las oligarquías criollas pidieron constantemente a España mayores facilidades para el comercio, la abolición del régimen de monopolio comercial y el establecimiento de un sistema librecambista. La negativa española, así como la incapacidad e imposibilidad de la metrópoli para actuar como compradora y vendedora única, fueron causas fundamentales que provocaron el estallido independentista y el cambio de dependencia hacia naciones más poderosas (Inglaterra, y Estados Unidos después). En las últimas décadas, al haber caído las Repúblicas americanas bajo la dependencia económica —y política— de la mayor potencia de todos los tiempos, es lógico que el grado de explotación haya aumentado al máximo y que las oligarquías, una vez pasados los efectos que proporcionara la ampliación del mercado metropolitano, hayan planteado al país colonizador las limitaciones que les impone. El replanteamiento de estos problemas, ciento cincuenta años después de haber logrado la independencia política, es un hecho consecuente con la permanencia —con ligeras variaciones— del sistema socioeconómico impuesto por España. Si los problemas siguen siendo similares es lógico que las oligarquías —ancladas en la misma mentalidad colonial— continúen presentando a su nueva metrópoli idénticas exigencias. ■ A. L. M.



definida de que los árabes deben recuperar íntegramente los territorios ocupados, pero que Israel debe seguir existiendo como nación, con todas las garantías posibles. Las reacciones de Moscú y de Washington al discurso de Nasser y a los acontecimientos militares que se desarrollan en la línea de «alto el fuego» son relativamente optimistas. Suponen que la «guerra de desgaste» que anuncia el Presidente egipcio no significa una rotura definitiva de hostilidades, que la fijación de objetivos es muy limitada y que, en general, no debe esperarse una reanudación de la guerra abierta en Oriente Medio.